

Tragicomedia de la historia

Escribe: FELIPE ANTONIO MOLINA

Cuando no es el historiador colombiano un yerto inventarista de cronologías y de iconografías, sino —y esto, la excepción— un trabajador consciente de su responsabilidad y de su trascendencia el éxito de su labor no está condicionado por su penetración crítica, mas —¡válgame Dios!— por el azar no siempre propicio de la suerte y aún se podría agregar que por su simpatía personal, su audacia y hasta su impermeabilidad a muchos defectos constitucionales del prójimo. El historiógrafo es una extraña criatura abominada, perseguida, olvidada, a quien en Colombia se ofrecen como únicos gajes las máximas dificultades de que pueda alardear la imaginación humana. La imagen del sapo que amortiza todas las horas de una noche en el empeño de saltar un muro de cuatro metros de elevación, sería de una notable modestia retórica si se intentara figurar con ella el círculo de angustias, de desazones y de tiempo sacrificado inútilmente a que se ve expuesto quien, entre nosotros, abrigue el más remoto propósito de elaborar un trabajo histórico decoroso.

Si esa obra, por desventura, corresponde al género biográfico, en-

tonces vale la pena de que el atento lector multiplique por mil aquel complejo de imposibles y que, como quien no quiere la cosa, agregue tres ceros al resultado. Nuestros hombres fundamentales son aquí patrimonio de descendientes esquivos —con algunas excepciones muy honrosas— que se empeñan en mantener la memoria y los hechos de su ilustre progenitor en los baúles roídos por la humedad de un depósito de trastos viejos. Hay, inclusive, vástagos de políticos de garrá, de prestigiosos guerreros, de pensadores y poetas, que ocultan los papeles del prócer alimentando la vaga esperanza de que en el fondo de su correspondencia pública, de sus elaboraciones filosóficas, de sus proclamas o de sus versos esté madurándose un condominio en tierras de pan coger, el secreto de una rica veta aurífera, o por lo menos, una jugosa capellanía familiar. Otros existen, precavidos y cautelosos, que —con razón o sin ella— temen la luz de la publicidad histórica, como si un rayo fuese a esterilizar la gloria del personaje, poniendo de manifiesto alguna antañosa debilidad o una temporal flaqueza. Conocemos el caso de un biógrafo a quien recelosos familiares objetaron la mención ocasional de las rodillas des-

carnadas de su heroico antepasado, porque les parecía un acto blasfemo y un atentado de lesa heroicidad la referencia a aquel aspecto de su anatomía.

En Colombia queremos los héroes a caballo —si se puede en un caballo blanco— provistos de un alfanje de llamas, con plumas en el sombrero —si se les permite esta prenda— rígidos, hieráticos frente a la gloria, con voz de tempestad y ojos de relámpago, solo piernas y cabeza, sin estómago, sin hambres, sin sed y sin alcoba amorosa. Nuestro héroe ha de ser capitán político —Santander, veterano liberal; Bolívar, miembro del directorio nacional conservador por ejemplo— aristócrata por punta y punta, arcangélico y deshumanizado. Si el biógrafo se compromete a todas esas cosas, si trueca todos los caminos de su pensamiento, si prescinde de la verdad y de la humanidad como elementos animadores, entonces, y solo entonces, es probable que se la faciliten como colaboración especial para su trabajo, dos o tres cartas del personaje, de las cuales una es un vale por cincuenta pesos, otra una misiva de pésame y la última un pedido de vinos abocados a Jerez de la Frontera.

La historia que se escriba con esos conceptos y esa balumba de material tiene que ser necesariamente lo que hasta ahora ha sido la

nuestra: un cincuenta por ciento de imaginación y otra mitad de piadosos artificios retórico-políticos, cuando no de irreverente e injusta controversia electorera. De modo que, viciado ya por ese fraude elemental a la verdad y a la técnica, el historiador puro trabaja en condiciones de inferioridad realmente asombrosas. No tenemos aquí una cátedra de investigación, que debería ser común tanto a las escuelas normales como a las facultades de derecho. No se tiene noción alguna exacta de las realidades históricas. Se conocen muchas fechas y anécdotas triviales de hombres decisivos, pero se ignora la verdad de su acción y de su alma. La mayoría de los archivos particulares están vedados al examen y a la confrontación de los cronistas. Una larga noche se cierne sobre muchos fenómenos capitales de nuestro pasado. Y ni el ruego, ni la imploración, ni la respetuosa solicitud —menos todavía el argumento de la “importancia decisiva”— son capaces de conmover esas rocas atravesadas en el camino infernal del historiador.

Sería conveniente que el Estado fuese planeando un programa de compra, catalogación y organización de esos archivos, cuya ocultación sistemática por parte de algunos elementos viene constituyendo un pecado gravísimo contra los intereses de la historia del país.